

PAISAJE, IDENTIDAD Y MEMORIA

Nuria CANO¹

Universidad del País Vasco / Euskal Herriko Unibertsitatea

Palabras clave: paisaje, identidad, memoria, Alcabierre.

Resumen:

El objetivo de este artículo es reflexionar acerca del papel de la memoria en la evocación y recuerdo de un paisaje, así como el potencial de éste para evocar vivencias y construir identidades. Los conceptos y reflexiones teóricas se imbrican con mi propia experiencia paisajística en Alcabierre, pueblo oscense de la comarca de Monegros.

a mi abuelo

I

Cuando tenía veinte años cayó en mis manos el libro *Homenaje a Cataluña*, del escritor británico George Orwell, en el que narra sus peripecias por España en la Guerra Civil. Alistado en las milicias del Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM), estuvo destinado en la Sierra de Alcabierre a comienzos de 1937. En su día, y aún hoy, me impactó la descripción que de mi pueblo, una pequeña localidad oscense de la comarca de Monegros, hace el autor:

"Alcabierre no había sido bombardeada y su estado era mejor que el de la mayoría de las aldeas cercanas a la línea de fuego. Con todo, creo que ni siquiera en tiempos de paz sería posible viajar por esa parte de España sin sentirse impresionado por la miseria peculiar de las aldeas aragonesas. Están construidas como fortalezas: una masa de casuchas hechas de barro y piedras, apiñadas alrededor de la iglesia. Ni siquiera en primavera se ven flores. Las casas no tienen jardines, sólo cuentan con patios donde flacas aves de corral resbalan sobre lechos de estiércol de mula. El tiempo era malo, con niebla y lluvia alternadas. Con el agua y el tránsito los estrechos caminos de tierra se habían convertido en barrizales, en algunas partes de medio metro de profundidad, por los que las ruedas de los camiones patinaban a gran velocidad y los campesinos conducían sus desvencijados carros tirados por hileras de mulas, a veces de hasta seis animales cada una. El constante ir y venir de las tropas había reducido la aldea a un estado de mugre indescriptible. Ésta no tenía ni había tenido nunca algo similar a un retrete o un albañal. No había ni un solo centímetro cuadrado donde se pudiera pisar sin fijarse dónde se ponía el pie. Hacía ya mucho que la iglesia se utilizaba como letrina, y lo mismo ocurría con los campos en medio kilómetro a la redonda. Al evocar mis primeros dos meses de guerra, nunca puedo evitar el recuerdo de las costras de excrementos que cubrían los bordes de los rastrojos. Transcurrieron dos días y aún no nos entregaban los fusiles. Después de visitar el Comité de Guerra y observar la hilera de orificios en la pared —orificios producidos por descargas de fusil, pues allí se ejecutó a varios fascistas— uno ya conocía todo lo que de interesante contiene Alcabierre".

¹ Doctoranda en Antropología Social en el Departamento de Filosofía de los Valores y Antropología Social de la EHU/UPV. Investigación financiada por el Gobierno Vasco, a través de una beca del Programa de Formación de Investigadores del Departamento de Educación, Universidades e Investigación.

Este retrato sórdido y mísero de aquel tiempo me impresionó, pues no se correspondía con la idea que yo me había ido forjando de él a lo largo de mi niñez y adolescencia. La dureza y crueldad de la guerra, el frío y el hambre de las trincheras, el agreste cierzo y la gélida niebla habían convertido ese lugar, mi pueblo, en un territorio para olvidar, en un paisaje inhóspito y desalentador al que, si era posible, no convenía regresar jamás.

II

La vivencia marca la percepción del paisaje, y ésta cambia continuamente en función de la naturaleza —la estación, la hora, el clima, la meteorología—, pero, sobre todo, en función del observador: su posición, la dirección de su mirada, la velocidad de su movimiento y, lo que es más importante, sus intereses, vivencias, recuerdos y estado anímico.

En mi pueblo el cierzo puede encarnar purificación o hastío; la falta de vegetación, belleza o miseria; los colores ocres, monotonía o contraste; la luz, vida o deslumbramiento; el calor, espar-



Cuando evocamos un paisaje ponemos en marcha la maquinaria de la memoria:
una experiencia, un lugar, un viaje de impresiones, olvidos y recuerdos.
(Foto de Alcubierre, por Nuria y Enrique Cano)

cimiento o agonía. Los sentimientos que despiertan estos fenómenos naturales no son objetivos sino que dependen de la experiencia, los recuerdos, la memoria, las expectativas o la procedencia del observador. Estos factores ayudarán al sujeto a componer su propia representación paisajística, que será definida, entre otras cuestiones, en términos de presencias o ausencias.



Sobre el paisaje descansan significados más profundos que pueden relacionarse con la identidad y la memoria.
(Foto de Alcubierre, por Nuria y Enrique Cano)

Es precisamente su potencial vínculo con la identidad y con la memoria de un individuo o de una comunidad uno de los aspectos que me interesan del paisaje, por ser fuente y marco de vivencias, historias y quereres.

La memoria es un artefacto cognitivo dinámico que reelabora recuerdos y percepciones, aportando inteligibilidad a la experiencia individual o colectiva, revelándose como un proceso extraordinariamente flexible, versátil, maleable y frágil que recoge, guarda, moldea, transforma y nos devuelve la realidad íntima y la compartida de nuestra identidad personal, colectiva y cultural (Jiménez, en Golvano, 1999:122; Ruiz-Vargas, 1997).

Así, cuando evocamos un paisaje, ponemos en marcha esa maquinaria de la memoria: una experiencia, un lugar, un viaje de impresiones, olvidos y recuerdos, entrecruzados con historias propias o ajenas, que hemos oído en el pueblo, al abuelo o a la madre, pero que son sentidas como nuestras. Porque "la memoria de los paisajes", de esos lugares indiferentes o inhóspitos para unos, entrañables o vitales para otros, integra afectos, representaciones e identidades de tal forma que

imprimen carácter a nuestra propia experiencia y al recuerdo de esos lugares (Golvano, 1999:119). Los paisajes físicos —la forma o fisonomía del territorio resultado de la acción combinada de componentes y procesos naturales y antrópicos (Zoido, 1998:36)—, de esta manera, son vividos como lugares significativos a los que las personas les vamos dotando de ideas y sentimientos (Basso, 1996). Por ello me aproximo al paisaje desde una doble vertiente antropológica:

La fisonomía particular de un paisaje es fruto de las características naturales del territorio y de su interacción con el ser humano², que en un largo y activo proceso histórico de dominio cultural ha ido modelando y transformando la naturaleza al socaire de sus necesidades socio-económicas y políticas. Organización económica, naturaleza y paisaje, según el geógrafo García Fernández “[for-man] parte de un todo que no puede ser fragmentado sin correr el peligro de falsear la realidad” (1975:2).

El paisaje nos ofrece claves para descifrar la organización física, económica, social, política e incluso religiosa del territorio. Constituye un documento histórico-cultural, porque muestra la historia de la particular interacción entre sociedad y naturaleza. Nos descubre en parte cómo el ser humano ha utilizado los recursos naturales a su alcance en un proceso en el que han intervenido, y lo seguirán haciendo, multitud de factores económicos, socio-culturales, urbanísticos o medioambientales que lo transforman a muchos niveles: estructural, morfológico, funcional, simbólico y emocional.

Pero es la mirada subjetiva la que convierte un territorio con sus configuraciones y cadencias en paisaje, de tal manera que éste se encuentra “objetivamente presente en cada territorio [pero] subjetivamente en cada percepción” (Ojeda Rivera, 2003:1). La mirada paisajística ha sido consecuencia de un complejo proceso cultural que se ha ido apropiando del entorno físico-natural para convertirlo en contemplación estética, identitaria y/o patrimonial.

Nuestro entendimiento moderno del paisaje es fruto de toda una serie de transformaciones históricas iniciadas en el Romanticismo, que desplegaron sentimientos afectivos hacia la naturaleza y que condicionan nuestra actual forma de visionar, experimentar, recordar y evocar el paisaje (Martínez Montoya, 2000; Ortega, 1998). Actualmente la experiencia paisajística supone un ejercicio de subjetividad derivado de las necesidades y aspiraciones culturales, de la forma de representar las relaciones del ser humano con el mundo exterior y la naturaleza, revistiendo a ésta de significaciones y características que van más allá de sus propiedades físicas.

Ambas vertientes del paisaje, la física y la subjetiva, nos conducen a definirlo como un “lugar antropológico” (Augé, 2005) en tanto que constituye una entidad histórica, relacional e identitaria, que atañe esencialmente a la sensibilidad, a la subjetividad y a la memoria. Así definido, el paisaje no se conforma con ser simplemente la forma del territorio, sino que sobre él descansan significados más profundos que pueden relacionarse con la identidad y la memoria y suelen contener un conjunto de posibilidades, prescripciones y prohibiciones de contenido tanto espacial como social

² Hoy en día, prácticamente no existen lugares que no hayan sido habitados, en mayor o menor medida, por el ser humano.

que la antropología está capacitada para descifrar (Augé, 2005; Basso, 1996; Martínez Montoya, 2000; Hirsch, 1995). Luego, mezcla de hechos espaciales y valores, el paisaje guarda y revela el tiempo, es mezcla, integración, huella, reunión de miradas sin tiempo, es un acumulador o totalizador histórico (Martínez de Pisón, 1998; García Fernández, 1975).

III

Monegros es un comarca singular y desconocida, generalmente descrita como un desierto. Tópico que simplifica y minusvalora su peculiar biodiversidad e idiosincrasia y oculta la convivencia de diferentes unidades paisajísticas: estepas, bosques, sierras, barrancos, e incluso pequeños embalses y lagunas.

Desde la subjetividad, quiero reflexionar acerca del papel de ese paisaje monegrino en mi experiencia personal, testigo de buena parte de momentos clave en mi vida, a pesar de no haber nacido en él.

Hoy miro hacia atrás y encuentro en el paisaje de Alcubierre múltiples referencias a mi pasado, vivencias íntimas que considero básicas. Se trata de experiencias que, aunque quizá poco tuvieron que ver con el paisaje, quedaron impresas en él, asociadas, con el paso del tiempo, a ciertos olores, colores, sonidos, imágenes, personas, pequeñas historias y retazos de vida. Y por ello, en él puedo reconocer sensaciones relacionadas con el cobijo —protección, recogimiento, amistad, amor, lealtad— y con la desprotección —frustración, miedo, encierro, desconfianza, traición—, que he ido incorporando paulatinamente a mi universo personal.

La vivencia que describo constituye más bien un paisaje de acción, habitado, sentido y experimentado, que forma parte de mi memoria personal y corporal (Marchán Fiz, 1997; Zavaleta, 2005) y que es la que ha cristalizado en mi propia representación paisajística, íntimamente ligada a mi bagaje.

A pesar de que la construcción cultural del paisaje y de lo natural en Europa se ha hecho privilegiando lo visual y olvidando el aporte de los otros sentidos (Martínez Montoya, 2000:161), el paisaje de mi pueblo no es para mí sólo lo que veo, sino también el silbido o el golpear del cierzo, los estruendos de una tormenta de verano, la desorientación que genera la niebla invernal, el olor a pino o a tomillo de la sierra o el sabor del ternasco de los días que se sube a la ermita. Por ello, creo que la experiencia paisajística no es sólo panorámica, una foto fija o una postal de aquellos lugares que resaltan por su excelencia visual o por su especial belleza, sino que supone una práctica compleja en la que intervienen todas nuestras capacidades, aunque es indudable que la vista tiene un papel fundamental.

La experiencia del paisaje, más allá de un puntual placer estético, se alza como un camino virtual y abstracto que repiensa el territorio y la vida. Se encarama como lugar con capacidad de generar sentimientos y acciones de identificación porque le otorgamos significaciones convencionales y aleatorios que pueden ser capaces de despertar sentimientos de adhesión e incluso cohesionar o dar sentido a la vida colectiva (Martínez Montoya, 2000:167; Basso, 1996). Y así, los paisajes pueden convertir la experiencia, a través de la memoria, en centros de representación de la vida social

y de relación con los otros, magnificando algunos fragmentos del paisaje, ignorando otros, añadiendo o restando determinados valores simbólicos. También hemos de tener presente que, si bien nuestra mirada y percepción se nos antoja exclusiva³ y única, descubrimos el territorio al albur de un determinado contexto histórico, social y cultural que imprime su enfoque y perspectiva, traducándose en selección de estampas, reflejo también de la imagen que una determinada sociedad tiene de sí misma.

A la naturaleza se le otorgan valores y símbolos añadidos, fruto de esa capacidad humana de reinterpretar la relación del ser humano con el mundo exterior. Es en ese momento cuando el paisaje se erige como lugar de significados, imagen proyectada de experiencias intelectuales, éticas, afectivas y estéticas, espejo que nos refleja, traducción cultural de nuestro rededor (Ortega, 1998).

En mi caso, ha habido momentos en los que ido descubriendo a la par mi entorno y mi lugar en la vida social, y creo que mis representaciones paisajísticas han sido forjadas, incluso más que por mis experiencias, por los recuerdos que de ellas tengo. He ido elaborando, quizá inventando, relaciones entre paisajes y sentimientos que me han ayudado a posteriori a comprender episodios de mi vida, incorporando esos lugares a mi identidad, convirtiéndose algunos de ellos en hitos, otros en símbolos, otros en simples recuerdos: las subidas a la sierra en bicicleta, del esfuerzo y la capacidad de superación; las cuevas donde jugábamos, de la infancia perdida; los secretos debajo del puente del canal, de aquella amistad que me decepcionó; los ladridos de los perros y los sonidos de la noche, del miedo y la inquietud; los retos a las tormentas veraniegas, de los veranos y la adolescencia que atrás quedaron; los caminos y los recovecos de la sierra, de la diversión, la amistad y las aventuras; la luz y los maravillosos atardeceres, del cariño a mi hermano; las noches estrelladas, de la admiración por la naturaleza compartida con los amigos. Es la memoria la que, en última instancia, reduce o amplía los cambios a través del tiempo, quien esboza lo permanente y lo efímero, quien matiza la presencia y la ausencia, quien reafirma o desecha las primeras impresiones sobre la realidad.

A falta de otras referencias identitarias escojo este paisaje para auto identificarme, para tener un lugar de referencia que me cuesta encontrar en la ciudad. Comulgo con este paisaje quizá porque con ningún otro he convivido tan intensamente. Influida por la literatura, la pintura, la fotografía o el cine, artes que han tendido a sentimentalizar las cualidades de lugares y paisajes, idealizo los recuerdos que bajo su telón de fondo han transcurrido. Mi mirada es expresa y deliberadamente paisajística, y esos paisajes ya forman parte de mí aunque esté lejos de Alcubierre, aunque ya no vuelva.

³ Según Marc Augé (2005) una de las características de la contemporaneidad, al menos en las sociedades occidentales, es precisamente la individualización de las referencias por lo que el individuo cree interpretar para sí y por sí mismo las informaciones y estímulos que recibe.

IV

Mi abuelo conoció muy bien el paisaje de Alcubierre y sus transformaciones: los nombres de los montes y los campos, a quién pertenecían o a dónde llevaban los caminos. Siempre vigilante del cielo y la luna, intuía cuándo iba a llover y sabía cuándo era el mejor momento para trasmudar el vino.

Nunca se vio capaz de sobrevivir alejado de su pueblo y, empecinado en vivir en él, sus migraciones fueron siempre temporales, prefiriendo las penalidades del pueblo a las de las barriadas pobres de Barcelona o París, porque en éstas no soplaban el cierzo, ni se veía caer la tarde, ni se comían huevos recién puestos, ni se podía dar una vuelta por su pequeña viña. A pesar de que solía describir su pueblo como una tierra valdía y sin valor, no podía vivir sin él. Fue su gran amor y su señal de identidad por excelencia, quizá la única, su patria y su referencia vital.



El paisaje es más que una metáfora: emerge también de la práctica social diaria, de las formas menos reflexivas de la experiencia cotidiana. (Foto: Nuria y Enrique Cano)

Para él Alcubierre no constituía un paisaje, sino una tierra plagada de señales: las nubes eran indicios de lluvia o de sequía; un atardecer intenso era un día que acababa; aquellos campos, una buena próxima cosecha; la luna, un calendario de actividades. No tenía una estética del territorio y, si la tenía, era bien diferente de la mía. El pueblo, la sierra, el campo componían un medio donde cohabitar, vivir y obtener recursos. Unas veces se sufría y otras se disfrutaba, pero para aprovechar sus cualidades era necesario saber interpretar las claves y el lenguaje de la naturaleza, conocimiento ligado sólo a la práctica.

A través de la experiencia de mi abuelo vuelvo a ver cómo el paisaje es más que una metáfora: emerge de la práctica social diaria. Porque si bien es cierto que el paisaje "constituye una imagen cultural, una manera de representar, estructurar y simbolizar el entorno" (Daniels, Cosgrove, 1989:1), según Hirsch esta idea representacional del paisaje —"background potentiality"— se complementa con otra dinámica: el "foreground actuality" o la parte del paisaje ligada a la práctica social diaria, a las formas menos reflexivas de la experiencia cotidiana (Hirsch, 1995).

Es importante, pues, conceptualizar el paisaje como un proceso cultural dinámico, multisensorial y constantemente oscilante entre ese "foreground" de la vida diaria y el "background" potencial, en el que ambas partes, la representacional y la práctica, forman los dos polos interdependientes de la experiencia paisajística (*Ibid.*). Es importante rehusar la tradicional distinción entre la representación y eso llamado *realidad*, y reconocer que la organización del espacio está siempre codificada a través de la experiencia (Green, 1995:41). De esta forma, cuando los lugares son sentidos activamente, el paisaje físico queda fuertemente ligado al "paisaje de la mente" (Basso, 1996:55), y es en esa relación vital donde el paisaje adquiere un determinado sentido para la persona y la comunidad en la que está inmersa. "El sentido del espacio no es sólo lo que la gente sabe y siente sino lo que la gente hace" (Camus, 1955 en *Ibid.*:83).

V

Otra distinción interesante es la que realiza Ojeda Rivera (2003), que diferencia las percepciones paisajísticas comunes o turísticas de las de los habitantes. Se trata de una visión del paisaje como mercancía cultural (Willis, 1994), donde la forma de ver-mirar-admirar pasa por el canon estético en boga introducido por la publicidad, los medios de comunicación, la moda o las guías de viajes (Green, 1995:35). Es propia de nuestra sociedad occidental donde lo natural, lo cultural y lo patrimonial son también susceptibles de ser un objeto más de consumo. Constituye una visión del paisaje estereotipada que tiene como misión llenar el ocio con una experiencia visual al margen de la rutina diaria, de la que se suelen sacar algunas fotografías junto con algún que otro recuerdo o emoción. Por ejemplo, para mí, proviniendo del secano interior, el mar no deja de ser una experiencia puntual o una bonita foto descontextualizada de mi quehacer diario.

El turista contempla el paisaje según esta mirada estándar, o incluso puede no importarle tanto la naturaleza del espectáculo estético como su posición de espectador, es decir, el haber llegado hasta allí. En este último caso, para Marc Augé (2005:91) la posición de espectador constituye lo esencial del paisaje, como si, en definitiva, el individuo en posición de espectador fuese para sí mismo su propio espectáculo.

VI

Los habitantes del pueblo parecen relacionar la palabra paisaje con la costa, la montaña o las vacaciones, pero no con su propio territorio, del que creo que tienen una percepción bastante negativa. No reparan en su belleza porque para ellos es tan sólo fuente de recursos y refugio, percibiéndolo como inhóspito, feo y carente de interés. En sí se trata de un territorio duro, con hela-

das y nieblas en invierno y temperaturas agobiantes en verano. Las escasas precipitaciones obligan a unas gentes que viven básicamente del campo a estar siempre pendientes del cielo, ansiando la lluvia.

Sin duda, la belleza del paisaje monegrino ha sido mejor comprendida por científicos, viajeros o fotógrafos "forasteros" que por muchos de los habitantes de la comarca. Donde éstos sólo ven secarrales, fuera se han percatado de la riqueza de su ecosistema, de sus unidades paisajísticas, de su fauna y su flora particulares. Supongo que una comunidad que ha sufrido tanto económica como demográficamente los últimos cincuenta años es bastante difícil que repare en las cualidades naturales de su territorio.

Pero como el paisaje no es un concepto estático, en los últimos años la entidad administrativa local está tratando de hacer suyo el interés que desde fuera ha venido suscitando la comarca, potenciando lentamente los valores del paisaje en un intento de revitalizar la economía y el estado de ánimo de la gente en un contexto de despoblación alarmante.

Ante las escasas perspectivas de futuro de una economía agropecuaria estructuralmente decadente, y bajo la amenaza de la despoblación, se ha encontrado en la puesta en valor de las cualidades naturales y paisajísticas del territorio un recurso que pudiera ser doblemente útil: por un lado, podría fomentar un turismo rural que complementase las rentas actuales; por otro, podría mostrar la valía del paisaje a una población autóctona que no ha reparado en él, y que mira descorazonada, sobre todo en el caso de la gente joven que tiene como referente el estilo de vida y ocio de la ciudad, su falta de oportunidades.

De esta manera, su puesta en valor supone un reencuentro con ese paisaje que carecía de todo prestigio. Se trata de un intento de convertirlo en recurso de futuro en una comarca que trata de salvarse en medio del naufragio.

Entre otras muchas iniciativas, se ha puesto en marcha la denominada "Ruta Orwell" en la Sierra de Alcubierre, gracias a la cual se han rehabilitado los vestigios de las trincheras, observatorios y pozos de tiro de los ejércitos republicano y nacional que combatieron en el Frente de Aragón. Constituye una reconstrucción militar e histórica de la contienda ubicada en el Monte Irazo, que Orwell describe en el libro con el que he comenzado este artículo. Probablemente nada habría hecho sospechar al escritor inglés que aquel grupúsculo de aldeas pobres y míseras, setenta años después, utilizaría su nombre para reivindicar su memoria histórica y, de paso, como reclamo turístico.

Es un buen ejemplo de cómo el paisaje constituye un proceso activo en el que la interpretación social genera y regenera periódicamente imágenes que contribuyen a la creación o cambio de ese mismo paisaje, tanto a nivel físico como simbólico.

Bibliografía

- AUGÉ, Marc (2005) *Los no lugares. Espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad*, Barcelona, Gedisa
- BASSO, Keith (1996) "Wisdom sits in places. Notes on a Western Apache landscape", en Feld, S.; Basso, K. H. (eds) *Senses of place*, New Mexico, School of American Research Press
- DANIELS, Stephen.; Cosgrove, Denis (1989) "Introduction: iconography and landscape", en Cosgrove, D.; Stephen, E. (eds) *The iconography of landscape. Essays on the symbolic representation, design and use of past environments*, Cambridge, Cambridge University Press
- GARCÍA FERNÁNDEZ, Jesús (1975) *Organización del espacio y economía rural en la España Atlántica*, Madrid, Siglo XXI
- GOLVANO, Fernando (1999) "Paisaje, derivas, vestigios: una memoria industrial", en Palma, L., Golvano, F., (eds.) *Paisaje, industria y memoria*, Donostia, San Telmo Museoa-Centro Portugués de Fotografía
- GREEN, Nicholas (1995) "Looking at the landscape: class formation and the visual", en Hirsch, E.; O'Hanlon, M. (eds) *The Anthropology of landscape. Perspectives on place and space*, New York, Oxford University Press
- HIRSCH, Eric (1995) "Introduction", en Hirsch, E.; O'Hanlon, M. (eds) *The Anthropology of landscape. Perspectives on place and space*, New York, Oxford University Press
- MARCHÁN FIZ, Simón (1997) "La actualidad de la estética del paisaje", en *Revista Litoral Atlántico*, 1
- MARTÍNEZ DE PISÓN, Eduardo (1998) "El concepto de paisaje como instrumento de conocimiento ambiental", en Martínez de Pisón, E. (ed.), *Paisaje y medio ambiente*, Valladolid, Universidad de Valladolid.
- MARTÍNEZ MONTOYA, Josexu (2000) "La construcción cultural del paisaje: aportes desde la antropología sociocultural" en Fernández de Larrinoa, Kepa (ed.) *La administración de los paisajes: desarrollo e impacto local*, Vitoria-Gasteiz, Escuela Universitaria de Trabajo Social de la UPV/EHU, Campus Vitoria-Gasteiz.
- OJEDA RIVERA, Juan (2003) en "Desarrollo y patrimonio paisajístico"
<http://juntadeandalucia.es/cultura/iaph/publicaciones/dossiers/dossier14/dossier14art2.html>
- ORTEGA CANTERO, Nicolás (1998) "Paisaje y cultura" en Martínez de Pisón, Eduardo (ed.) *Paisaje y medio ambiente*, Valladolid, Universidad de Valladolid
- ORWELL, George (1996) *Homenaje a Cataluña*, Barcelona, Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores
- RUIZ-VARGAS, José María (1997) "Introducción. La complejidad de la memoria", en Ruiz-Vargas, J. M. (comp.) *Claves de la memoria*, Madrid, Editorial Trotta
- WILLIS, Paul (1994) "La metamorfosis de mercancías culturales", en Castells, M.; Flecha, R.; Freire, P.; Giroux, H.; Macedo, D.; Willis, P. *Nuevas perspectivas críticas en educación*, Barcelona, Ediciones Paidós
- ZAVALETA DE SAUTU, Claudia (2005) "El paisaje en la relación cuerpo-ciudad" en <http://www.vitoria-gasteiz.org/ceac/forourbanopaisaje>
- ZOIDO NARANJO, Florencio (1998) "Paisaje y actuación pública. Inserción en la legislación y planificación europeas" en *Paisaje y medio ambiente*, Valladolid, Universidad de Valladolid.

Giltzarriak: paisaia, nortasuna, oroimena, Alcubierre.

Laburpena:

Artikulu honetan bi ildoren inguruan egin nahi dut hausnarketa: batetik oroimenak paisaia bat gogoan erabiltzeko duen gaitasunari buruz, eta bestetik paisaiak bizipenak oroitzeko eta nortasunak eraikitzeko duen ahalmenari buruz. Kontzeptu eta hausnarketa teorikoek bat egiten dute Monegros lurraldeko herriska batean, Alcubierren hain zuzen, bizi izan ditudan esperientzia pertsonalekin.

Key words: landscape, identity, memory, Alcubierre.

Abstract:

In this article I reflect on how memory works in the evocation of a landscape and its relationship with life and identity. The theoretical concepts and reflections draw on my own experience of the landscape of Alcubierre, a little village in Monegros, Huesca.

Fecha de recepción: 10/4/06

Fecha de aceptación: 18/7/06